



La Esfera, Supl. 26/04/1987

ECO 259660
000201570

12522

Adriana Hoffmann: "Amar y saber dónde estamos parados"

GRACIELA ROMERO

Con sus petrechos de naturalista en riesgo, Adriana Hoffmann
bata la con optimismo por disolver la indiferencia hacia nuestro
medio ambiente que nos al borde del ahogo.

Cuando ella dice "a veces me pasan cosas mágicas" —como cuando una lapa se vistió en dos lecturas verdes, floradas y rebobadas que fueron los mismos que respiró Claudio Gay, su padre putativo— la cosa parece perfectamente razonable. La naturalista Adriana Hoffmann es mágica.

Desde sus ojos verdes e inteligentes que tienen un curioso brillo de firmos, combina la en una amarilla blanca y acogedora, hasta una tímida preciosa. Paz, la menor de sus cuatro hijos, cuyos siete años también combinan con los seis de su tía Elisa.

Hija y nieta que podrían ser la prima Adriana, según una vieja foto que le tomó el padre, el doctor Hoffmann, y que siempre ha sido en la contención de una mano empujada de flores.

Creo que me fascino la botánica desde que nació y que me enamoré de la caracalza, de las plantas, de los árboles, mucho antes de tener uso de razón. Por eso de chico me decían *Eulalia*, un nombre también inventado por mi madre, derivándolo de *holera*, porque yo andaba mirando las flores y hacía lo que, poco del suelo, con una pastur, casi arrastrada. Paz y Elisa tienen un mismo parecido aún, lo que me encanta. Y lo mejor de todo es que observo que los niños chilenos, en general, están aprendiendo a ser curiosos, prácticos y amigos de esta naturaleza nuestra.

No uno, sino tres valiosos granos de arena ha puesto Adriana Hoffmann en la cruzada por despertar en Chile el amor ecológico, que a la, desde su profesión de botánica, presiona por el lado de la flora.

Sus libros *Flora sureste de Chile*, *zona central*, *Flora atlántica de Chile*,

zona austral, y *Flora silvestre de Chile*, son no solo una información valiosísima y sistemática de cada tema, sino una lista incluyente para los más zafios frente al tema botánico.

Alrededor de quinientos ilustraciones detalladas de todo color, desde el ramaje de los ejemplares arbóreos más imponentes, hasta esas modestas florecitas que nacen, viven y mueren en zonas desoladas del abrupto terreno nacional. No se comete exageración cuando se afirma que algunas de estas últimas provocan calma, en su silenciosa belleza trasladada desde el anonimato hasta las páginas de esos libros que, sin darse cuenta, se han convertido en grandes verdos. Una trece parte de esos "cosas mágicas" que suceden a diario.

"Allá por 1978 yo era ayudante de investigación en el laboratorio de botánica en la universidad, y como tal, empezaba a albergar el sueño de editar un libro con las investigaciones y fotos recopiladas en terreno. El proyecto le interesó al profesor Jorge Swick, pero los esfuerzos del presupuesto de los laboratorios me resultaron difíciles. Comenzando un día el hecho con un amigo, este dijo llamar a una persona conocida que podía constituirse en editor. No pasó mucho tiempo cuando una noche que había salido a comer afuera con mi marido, me llamaron de la casa para decir que había dos caballeros que esperaban para conversar de una cosa ligera. Era mi amigo, con una señora a quien yo le entendi el nombre, y que cuando llegamos a reconocerlo editorial en que él ostentaba la edición, resultó ser Agustín Edwards. De ahí nacieron la Fundación Claudio Gay, bajo cuyo patrocinio botánico mis libros, y de donde este 1987 saldrán *Los cueros sa-*

reses de Chile, tarea que nos ha tomado cinco años".

Lo que se conoce, no se destruye

"Nunca me voy a hacer bien con los adelantos, pero sí me hacen dichosa", cuenta esta naturalista que lleva más de media vida explorando el país que ama apasionadamente, y que conoce en la intimidad de sus rincos más secretos. "Es difícil contentarse la sensación que produce raspar un poquito de tierra árida del extremo norte, y encontrarse con un cactus que está esperando un poco de humedad para brotar y hasta florecer".

Para preservar estos milagros, Adriana sale en su jeep, acompaña donde es necesario y allí permanece hasta recoger errada con fotos y ejemplares de flora que traslada con una técnica inventada en la práctica para que lleguen frescos, sin alteraciones de forma y color, a la mesa de los dibujantes que los immortalizarán en las láminas. Así miles de minutos en la naturaleza han aprendido a ver realmente lo que antes miraban a bulto, con muchas veces un interés efímero ni de tales. Hasta el punto que para muchos los libros de Adriana se han convertido en libros de cabecera y en una de las poses de personas o familias completas que parten a buscar ejemplares que firmaron la atención en determinadas páginas.

"Lo que se conoce no se destruye", asegura Adriana, caminando por los senderos de su propiedad de Patalofén, donde se esconden la casa familiar, la casa de Hernán Cárdenas, su marido; la casa que este le regaló la última Navidad, y la casa de toda Hoffmann, su madre. "Es la misma

Adriana Hoffmann, "Amar y saber dónde estamos parados"
[artículo] Graciela Romero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Adriana Hoffmann, "Amar y saber dónde estamos parados" [artículo] Graciela Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile